

recha entre una pequeña cañada otro grupo de caballería é infantería, mezclándose entre sí estas dos armas. Para no ser flanqueados por los costados, cortaron dos puentes que había sobre el callejon, único camino que tenían los americanos á su derecha. Castillo procuró allanar estos obstáculos con vigas, y á merced de este arbitrio logró pasar el primer puente; pero al querer pasar el segundo, rompieron el fuego con dos cañones que avanzaron á un parapeto de madera que tenia ya colocado hácia la parte interior de una cerca de piedra que circunvalaba la misma loma: á pesar de esta resistencia, el paso se franqueó, avanzaron cuatro cañones sostenidos por la compañía de granaderos del batallon ligero de Cuahutitlán, y otra de fusileros, para que cortasen á los americanos su retirada por su izquierda, interin el resto de la division española atacaba por el centro y derecha. En esta sazón la caballería de los españoles se vió tan cargada por los americanos, que comenzó á retirarse casi en fuga, dejando abandonadas las dos compañías de infantería de Cuahutitlán, á que servian de apoyo; pero fueron reforzadas con el resto de dicho cuerpo. Los cuatro cañones se situaron al frente de los americanos, los granaderos de la columna protegidos de los dragones de México y un piquete de España, avanzaron á tomar la izquierda de los americanos. Este movimiento se ejecutó con felicidad, á pesar de que tenia alguna fusilería detrás de una cerca; así es que fueron sobrecogidos, flanqueados y puestos en desórden. El alcance fué estragoso, y su artillería consistente en trece cañones fué tomada. Cuando recomienda Castillo Bustamante el mérito de sus soldados, lo hace particularmente del que en su juicio contrajo Luciano Ochoa; ¿y por qué?... porque en el alcance se le presentó un hombre diciéndole *que era su hermano*, y en vez de concederle la gracia de la vida, se la quitó con su propia mano, diciéndole. . . . Yo no conozco ni tengo *hermano insurgente*: ¡bella moral del Sr. Castillo! Ya veremos en le série de la historia otras acciones de este gefe que fué una de las fieras mas desatadas que el cielo en su cólera pudo mandar sobre la América. En esta accion D. Agustín de Iturbide se halló desempeñando el empleo de ayudante de Castillo: recomiéndalo especialmente por el mérito que con-

trajo (son sus palabras) de haberme pedido permiso para perseguir á los enemigos con la caballería. . . . despues que cesaron las operaciones de infantería. . . . gracia que sin duda le otorgaria de grado; tal era el que avezaba ya su corazon con las matanzas, para llegar un dia á esclavizar á su pátria! † (Gaceta núm. 142 tom. 2. ° de 21 de noviembre de 1811.) La accion referida de *Acuicho* no podia llamarse decisiva, porque aunque derrotado el ejército de Muñiz, Torre y Navarrete estaban todavía en disposicion de defenderse, aprovechándose de los locales ventajosos que presenta la sierra de Páztcuaro: bien lo conoció Castillo Bustamante, y por lo mismo se resolvió á perseguir á los americanos restantes. Llegó á Páztcuaro el 9 de septiembre (1811) donde dejó un piquete del regimiento de la corona, y una compañía de dragones de frontera para resguardo de aquella ciudad. De la misma salió el dia 12 del propio mes para el pueblo de *Eronguaricaro*. El 13 marchó para *Zacapo*, y allí supo que los americanos se hallaban situados en la loma de la Alberca de Zipimé, distante de allí tres leguas y decididos á esperarlo. De allí partió á media noche dejando su campamento con luces para enganar á los americanos y dar sobre ellos un albazo al ser de dia, pretension que no tuvo efecto, porque encontrándose sus guerrillas con las de aquellos, hubo un tiroteo, lo que les dió aviso de su aproximacion.

El padre D. Luciano Navarrete se situó en un borde que se eleva muchísimo y circula la alberca de *Zipimeo*; su mucha altura hace una pendiente derecha y dificultosa de penetrar por el bosque que la rodea. D. Juan Pablo Anaya se situó en el puesto que hace dicha prominencia, y otra altura pequeña que forma una ceja corrida de bosque y piedra, de mas de seis leguas, cuyo centro es el puerto, y la derecha en la altura. En la posicion que Anaya tenia, la cuesta era muy suave; de suerte que quedaba situado muy inferior á Navarrete, y muy luego seguia una

† Cuando se supo en Veracruz el grito de Iguala, estaba á punto de embarcarse para España Castillo Bustamante, y esta ocurrencia le hizo acelerar su viage. Preguntándosele en una tertulia de Iturbide, y qué juicio hacia de él, respondió. . . . le conozco mucho, ha servido bajo mis órdenes, y entiendo de todo lo que es capaz.

llanura bastante despejada. A las seis y media de la mañana se presentó en ella el enemigo en tres trozos, con cuatro partidas de guerrillas; mas fué rechazado con firmeza, en términos de retrogradar al punto de donde habia salido. Reforzados nuevamente tomaron por su derecha sobre la izquierda de los americanos rodeando la alberca, y dejaron al frente otra partida.

Preguntósele por Anaya á Navarrete si necesitaba auxilios para rechazar la tropa que se dirigia á atacarlo, y respondió que no; mas á cosa de hora y media Anaya vió los fuegos enemigos sobre el campo de Navarrete, y que su gente huía en dispersion: en esta misma sazon la partida situada en frente de Anaya, comenzó á obrar sobre él: resistió cuanto pudo en su posicion; pero cuando estaba mas empeñado en la resistencia, un trozo de cuatrocientos caballos enemigos que habia penetrado por el bosque, le atacó á retaguardia. Habíala mandado desde la madrugada Castillo Bustamante con direccion de D. Domingo Rábago, por una vereda que habia por la ceja, de la que Anaya no habia tenido noticia, pues descansaba en la confianza de que aquel bosque era impenetrable, creyendo las relaciones que Navarrete y otros le dieron, é inspiraron confianza. Entonces fué envuelto y batido, aunque no se hizo gran mortandad en su gente, porque los americanos situados en la barranca y bosque inmediato, se auxiliaron oportunamente. Anaya se vió en peligro de perecer, pues se encerró en un potrero cercado que estaba inmediato y cuya puerta guardó un trozo de dragones; sin embargo, logró hacerse paso, pero aunque salvó, fué herido en un vacío: no corrió la misma suerte su compañero D. Benito Miranda que murió en el acto de la salida, salvándose D. José María Cisneros, D. José Antonio Gonzalez, y D. Nicolás Becerra. Tal es la sencillísima relacion de esta batalla, en cuya descripcion ha campeado la alegre fantasía del que dió el parte en *detall*, que se lee en la Gaceta de México.

La relacion de las dos batallas dichas, no puede ménos de excitar la compasion del lector, principalmente del que estuviese instruido de ciertas circunstancias particulares de ellas. Muñiz †

† Muñiz no se halló en *Zipimé*, entiéndase lo que se dice con respecto á la accion de *Acuicho*.

creyó lo que le habia dicho un oficial de la columna llamado N. Monroy, esto es, que aquel batallon se le pasaria tan luego como se le presentase; varios oficiales que entendieron esta intriga se opusieron vigorosamente á que Muñiz presentara la accion: en vano procuraron hacerle entender que convendria marchar á la villa de Zitácuaro á las órdenes de Rayon, de cuyo buen juicio habian recibido las mejores pruebas. Muñiz era demasiado duro de cabeza, y de pocos alcances; no tenia idea de la milicia, y cuando se veia con algunos cañones, se creia en aptitud de conquistar el mundo; fundió muchos, y todos los perdió, por esto le llamaban en Valladolid el *cañonero*; era atrevido, constantemente emprendedor, y emprendedor de cosas grandes: perseguíalo la desgracia en cuanto ponía mano, ni podia irle bien en nada, pues fué uno de los ejecutores de las decapitaciones que recetaba el cura Hidalgo. El coronel Castillo Bustamante se llenó de orgullo con estas acciones que le dieron nombradía no mereciéndola, pues no era mas que un vareador de mantas en Celaya, y repentinamente se hizo general ascendiendo á brigadier entre los españoles. Vengó en mas de trescientos prisioneros hechos en *Acuicho* la derrota que sufrió Trujillo el 22 de julio, á los cuales desapiadadamente hizo fusilar en la misma tarde de la accion, sin mostrar la menor compasion ácia ellos. Este bárbaro repitió despues muchas ejecuciones de igual número, con circunstancia de que el dia en que las mandaba hacer *comulgaba*. Creia sin duda agradar á Jesucristo con la sangre de estos infelices. Parece que se habia transmigrado al cuerpo de esta béstia feroz la alma de algun sacerdote antiguo de *Huitzilopochtli*, de aquellos que pasaban muchas horas del dia arrancando corazones con navajones agudos de pedernal en el ara infame del sacrificio.

Ya veremos en la série de esta historia otros sucesos de atrocidad ejecutados por Castillo Bustamante, y se notará la justicia con que lo he colocado entre el crecido número de tígres feroces con que el cielo quiso castigarnos. Jamás faltaba de su lado un fraile; un rosario gordo, ni un Kémpis; así hacia (como dicen las viejas) *morcillas al diablo*, y se procuraba engañar á sí mismo. En el consulado de Veracruz se siguió un grande espediente sobre

quiebra, en la que fueron las dotes de sus dos mugeres. De esta caña tenemos muchos malos é hipócritas que han sido el apoyo de los españoles en las Américas. En el año de 1821 persiguió de muerte en Jalapa (donde era gobernador) al Lic. Morales síndico de aquel ayuntamiento, á quien sacó preso con la mayor violencia de su cama al cerro de Macuiltepeque, porque este clamaba por la observancia de la constitucion española.

DERROTA DE LAS TROPAS DEL GOBIERNO EN EL CERRO DE TENANGO Y DE LOS AMERICANOS EN LAS INMEDIACIONES DE TOLUCA.

La junta de Zitácuaro era una planta naciente, y el fundamento de la futura libertad de la nacion: debía por lo mismo cuidarse con todo el esmero posible; necesitaba para tomar creces ponerse á cubierto de toda irrupcion. Para conseguir este interesante objeto se situaron de su órden varios destacamentos, que al paso que sirviesen de avenidas para contener al enemigo, fuesen aliciente á las tropas americanas; ora para familiarizarse con los ataques; ora para sacar de los mismos enemigos armas y municiones; cosa dura ciertamente, pero indispensable, hallándose los americanos sin talleres, sin dinero ni otros recursos para proporcionárselas, mas que sus mismos puños y un valor denodado. Mandó pues la junta que el comandante Oviedo, (de cuyo valor estaba satisfecha) con ciento cincuenta hombres de caballería se situase en el cerro de Tenango, donde tendria en brida al comandante Porlier de Toluca, quien muy luego penetró las consecuencias de su aproximacion. Dispuso prontamente una expedicion compuesta de las tropas de marina que tenia á sus órdenes y en que confiaba, y cinco compañías de la Corona con un grueso de caballería; su objeto fué desalojar á Oviedo de la eminencia que ocupaba, marchando por dos veredas á derecha é izquierda; empenó briosa y temerariamente la accion, pero fué rechazado con vilipendio. La indiada que auxilió á Oviedo y que hacia veces de infantería, lanzó enormes peñascos desde las alturas que le causaron gran pérdida. Murió en el acto del ataque el sargento mayor de la Corona Villalba, el capitán del mismo cuerpo D. Jo-

sé Gallegos, y aunque fueron gravemente heridos otros oficiales de este brillante cuerpo del ejército, como su coronel Iberri, y el capitán D. Francisco Bustamante, estos fallecieron despues de resultas de las contusiones.

Dátase esta accion el 22 de septiembre de 1811, segun consta de la Gaceta de 24 del mismo mes, núm. 114 tom. 2. ° Envanecido Oviedo con este triunfo, y engrosada su fuerza con la reunion de los comandantes americanos *Albarrán y Montesdeoca*, emprendieron avanzar sobre la misma ciudad de Toluca. En 10 de octubre siguiente repitieron sus avances sobre el fortin del Calvario, principalmente los indios, que sin conocimiento de los horribles estragos de la artillería se abocaban muy de cerca á los cañones, gritando . . . *ahora sí ya lo cogimos Toluca*. Esta temeridad no dejó de causar temores á Venegas, quien mandó una fuerte division de todas armas al mando del capitán de fragata D. Joaquin Maria de la Cueva, llamado el *ronco*, que entró en Toluca el 18 de dicho mes. Al siguiente dia de mañana hizo una salida sobre el cerro del Calvario, y logró dispersar á la indiada: asimismo hizo otra salida el teniente de navío D. Pedro Toro, y el capitán D. Diego Gomez de la Barreda, que poniendo en dispersion á los indios, les causó mucha mortandad. Toluca presentó en sus plazas aquella vez el espectáculo mas espantoso, porque tomados muchos indios prisioneros fueron fusilados en todo el dicho dia, en cuyo espacio de tiempo duró la mas horrible ejecucion. Los soldados americanos que emularon en ella á los de marina, y seguramente les excedieron en crueldad, *chapalearon* la sangre con los pies, llegándoles en algunas partes hasta las espinillas, de modo que andaban sobre ella como por sobre un lago ó remanso. Tal es la relacion que me ha hecho una persona, testigo ocular de esta catástrofe, y tal fué la terminacion de un asedio de cinco dias. Parece que el mismo *Cueva* horrorizado de tanta matanza se retiró del servicio, pues ya no vuelve á figurar mas en la historia.

Ya veremos que Porlier en enero siguiente sufrió igual susto por el estrago que Morelos hizo en su tropa en Tenancingo; pero en campaña bizarra, y cuyo hecho fué causa de que cambia-

se su conducta; tanta sangre ha costado la libertad é independencia de nuestra pátria, precio costosísimo ciertamente; pero que no se estima dignamente por los que están discordes en opiniones políticas, cuando jamas debieran estar mas unidos.

He dado á V. alguna idea de las disposiciones que el virey Venegas comenzó á tomar para que el general Calleja marchara para Zitácuaro. Este gefe por su parte dictó las suyas, y entre ellas fué una de las primeras mandar llamar á Acámbaro al brigadier D. Diego García Conde, para que allí se hiciesen todos los preparativos necesarios á esta importante expedicion. Hizo-le adelantar á Maravatio para que este pueblo fuese el punto de reunion de las tropas que pudieran sacarse de Valladolid.

Salió por fin Calleja de Acámbaro en diciembre de 1811, dirijióse á S. Felipe el Obraje, donde fué preciso esperar diez ó doce dias para que llegasen los obuses y artillería llevada de México. Emprendió un penosísimo viage para Zitácuaro, el que fué muy mas dificultoso que el sitio, porque fueron tantos los obstáculos que se opusieron á su tránsito atravesando árboles corpulentos en la estrecha estension del camino, que solo la corta distancia de legua y media costó el término de tres dias para que la anduviese el ejército compuesto de cinco mil hombres. Llegado á un llano que se encuentra como á media legua, poco mas de la villa, hizo alto para emprender el ataque al dia siguiente. Calleja describe este penoso tránsito, diciendo: „La posicion de Zitácuaro es tal, que por todas partes está cubierta de elevadas y espesísimas arboledas, por las que difícilmente penetran los rayos del sol. Las sendas que en tiempos comunes ofrecian un penoso y difícil tránsito por sus empinados cerros y profundas barrancas, las hallé cortadas, derrumbadas y atravesadas por innumerables pinos de treinta varas de largo, y mas de tres de grueso. El horizonte estaba cubierto de densas nieblas que alternativamente producian lluvias, nieves y hielo, formando resbaladeros en las laderas y atolladeros y pantanos en los bajíos. Ocho dias tardó el ejército en caminar doce leguas que hay desde la hacienda de S. Gerónimo hasta Zitácuaro, y en algunos solo pudo adelantar media legua en todas las veinticuatro horas, trabajando por

abrirse camino, llevando por muchas partes á hombro la artillería.

Esta descripcion puede tolerarse; pero no lo que en seguida dice, y es, que acampado á distancia de legua y media en la hacienda de Manzanillos, quedó el ejército allí sobre las armas, y acompañado del estado mayor emprendió hacer el reconocimiento de las fortificaciones de la villa, seguido de un batallon de granaderos, dos escuadrones de caballería, y las partidas de guerrilla. Aun no se movia esta columna, (continúa) cuando todos vieron clara y distintamente en el cielo una ramificacion en figura de palma perfectísima de gran magnitud, y tan hermosa, que Calleja (dice el padre D. Juan Bautista Calvillo, del Oratorio de S. Felipe Neri de México, en su obra de que en otra parte hemos hablado) volviéndose al Sr. D. José María Echagaray, comandante de la caballería, le dijo estas precisas palabras. . . . Echagaray, vea V. la palma; nuestra es la victoria. . . . La observacion de tan prodigioso y agradable fenómeno, animó á todo el ejército, que luego comenzó á victorear al general, esperando con la mas segura confianza un éxito feliz en la próxima batalla, y deseando con impaciencia llegara la hora de batirse con los enemigos.”

De intento me he detenido en esta empalagosa relacion, para mostrar al mundo que el fanatismo y la superchería han sido las armas auxiliares con que los españoles han procurado subyugar y mantener en la barbárie á este infeliz pueblo. Yo no creo que el cielo marcasse este acontecimiento, ni todas las iniquidades que fueron consiguientes á esta agresion, con una señal tan reelevante de aprobacion. Yo lo que registro en ella, es *la palma del degüello* que iban á sufrir aquellos miserables villanos, que iban á ser testigos de la ruina de sus hogares, del incendio de sus templos, y de la devastacion de una poblacion de las mas hermosas de Anáhuac. Yo veo en Calleja aquel Syla astuto que afectaba consultar con la estatuita de Minerva sus resoluciones para destruir á Aténas, ó á un Sertorio que se dejaba lamer de una cerbatilla blanca para entusiasmar á sus soldados; veo á un hombre, á un mañero general seguido de una horde vilísima de esclavos, que á merced de tal artería afilan sus puñales para degollar

á sus inocentes hermanos que defienden su libertad; en breve veremos el templo de nuestra Señora de los Remedios, patrona de Zitácuaro incendiado, la imagen robada con sus alhajas que pasaron á poder de la esposa de Calleja: la veremos llevar á Valladolid con desprecio, y jamas, jamas creemos, que tan prodigiosa señal pueda haberse presentado por la intercesion de la Virgen bajo de la advocacion de los Remedios aunque nos lo digan todos los padres Calvillos y teologastros del mundo. Esto choca á los principios de la moral y de la razon, no menos que á los de la buena física que enseña que estando en invierno la atmósfera tranquila, serena y bien purificada, las nubes sin agitacion pueden presentar mil configuraciones que pueden glosarse de un modo ridículo y cerebrino, segun las pretensiones de los que tienen la debilidad de interpretarlas. Sobre esto se han predicado sermones, se han impreso volúmenes, se ha gastado no poco dinero del bolsillo de una bondadosa señora, y se ha abusado de la credulidad de un pueblo piadoso. ¡O pueblo! cómo has sido el juguete de los tiranos! ¿Hasta cuando distinguirás los verdaderos de los falsos doctores que convierten la cátedra de la verdad y sabiduría, en cátedra de pestilencia y error? Creed milagros, sí, creedlos, ellos son el apoyo de tu creencia ortodoxa; Jesucristo los obró como gefe de la naturaleza, y porque con ellos dió él y sus apóstoles testimonio de la verdad de su mision; pero estos no fueron milagros, fueron imposturas, fueron supercherías groseras, para afirmar las cadenas de los españoles que os dominaron por tres siglos.

ATAQUE DE ZITACUARO POR CALLEJA.

Al siguiente dia de haber llegado Calleja con su ejército y reconocido el campo, cuya operacion no practicó con ánimo tranquilo, pues la plaza le hacia fuego, dividió su tropa en cuatro trozos: centro, derecha, izquierda y reserva: colocó una batería sobre la ceja, loma ó mesa de S. Juan el viejo desde donde flanqueaba completamente el atrincheramiento del centro de la plaza. Rompió el fuego de artillería, y á favor de él echó por el bosque de la ladera de dicho S. Juan el Viejo, mas de dos mil

y quinientos infantes, escoltado, ó digase sostenido, su centro y derecha por su caballería. Asimismo otra division de infantería llamó completamente la atencion de los tres puntos de los americanos. Para inteligencia de estos ataques, se debe suponer que Calleja confió el mando de su derecha á Castillo Bustamante, la izquierda á Garcia Conde, y él se situó en el centro, dejando otra seccion en defensa de las cargas y parque. Garcia Conde se dirigió al punto mas fortificado, y donde el terreno ofrecia menos obstáculos. Diósele la orden de que solo amagase por aquel frente, en tanto que Calleja hacia su entrada por el centro, ó por la derecha; pero despues de un fuego vivísimo, bien sostenido por ambas partes, durante el espacio de media hora, avanzó Garcia Conde al mismo tiempo que Castillo Bustamante vencía los obstáculos del terreno para entrar en la villa. Aquel fué el primero que se apoderó de las baterías, proporcionándose para el transporte de su artillería una gran puerta que habilitó prontamente á manera de puente, pues el que llevaba de tablones construido en Acámbaro, necesitaba mucho tiempo para armarse. La caballería de Huetamo, que se hallaba en Zitácuaro, con el estrago de las granadas se desordenó y puso en fuga, y muy luego fué seguida de la demás.

La artillería americana hizo grande estrago en las columnas que le atacaron por el centro; pero como no podia cubrir todos los puntos, pues como se ha dicho, era escaso el número de fusiles, la columna de granaderos introducida por el molino de S. Juan el Viejo, acabó de introducir el desórden. En esta sazon mataron el caballo de D. Ramon Rayon, y dió tan fuerte caida, que lo tuvieron por muerto; golpe de cuyas resultas perdió un ojo: debió la vida á su asistente Joaquin Ruiz que lo puso en cobro, aunque sacando cinco heridas en defensa de dicho oficial. Rayon perdió todos sus almacenes y parque, y se retiró para Tusanla. Su pérdida en hombres no llegó á cincuenta: mayor fué la de Calleja que atacó á descubierto, pues solo en el foso de Zitácuaro se enterraron de los suyos mas de ochenta: ignórase cuantos sepultaria en los demás puntos. La fuerza americana de Tusanla (á donde se dirigió en dispersion) pasó á Tlalchapa

donde se arregló del modo que fué posible. Allí se fundió alguna artillería por D. Manuel de Mier y Terán, jóven constantemente aplicado al ejercicio de esta arma, y cuyos conocimientos son sobresalientes en ella y fortificacion. El gobierno americano se situó, de resultas de esta desgracia, en Sultepec, donde dictó eficaces providencias para reponerse de tamaña desgracia y llevar adelante la empresa de libertar á la nacion mexicana. Calleja á pesar de este triunfo (ocurrido el día 2 de enero de 1812) no siguió el alcance con su caballería; apenas un trozo de ella se dirigió sin suceso al rumbo de la hacienda de los Laureles. Destinó á Garcia Conde al rumbo de Maravatio y mandó á otros gefes por diversos rumbos. . . . á *pacificar*; ya se entiende lo que importa esta voz en el diccionario español con respecto á las Américas, cuyas leyes llaman pacificacion á la conquista de ellas, de acuerdo con la conducta de los tiranos que describe Tácito en estas elegantes y expresivas palabras. . . . *Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant. A la desolacion llaman pacificacion.*

Calleja permaneció en Zitácuaro como quince dias, consagrado á la ocupacion que le era mas grata y favorita, es decir, á examinar los papeles que pudo encontrar en el despacho de Rayon: á hacer esquisitas pesquisas de los que pudieran tener complicidad en sus planes, y vivian en territorios ocupados por las armas españolas para perseguirlos: en formar listas de proscripcion de ellos: en hacer matanzas y ejecuciones en cuantos infelices pudo haber á las manos, empezando por el subdelegado: en saquear la villa, comenzando por el templo de nuestra Señora de los Remedios, cuyas alhajas tomó su esposa; y en reducir á pavesas aquel desgraciado lugar, sin mas motivo que haber sido el *Ubi* donde se instaló la primera junta nacional y se oyó la voz de la naturaleza, que semejante á un golpe de *rayo* despertó á los dormidos y les hizo entender sus obligaciones. No de otro modo Alejandro de Macedonia en el exceso de la embriaguez redujo á cenizas el palacio de Persépolis, porque Darío combinó en él sus expediciones sobre la Grecia. Yo no puedo dejar de lamentar esta desgracia; pero mas lamento que la hermosa

lira de D. Ramon Roca, oficial (y confidente que fué despues de Calleja) hubiese celebrado esta ruina con unas preciosísimas octavas que se leen en los diarios de México. . . . *Zitácuaro cayó dirá la selva*, palabras que repite muchas veces, y á mi juicio ocupado su corazon de la misma alegría insana con que entonaba un himno Neron mirando arder la ciudad de Roma, y recordando la de Troya. No debo omitir aquí un hecho que hará honor á la astucia de Rayon, tanto por el modo con que supo prevenir el lance, como por sus consecuencias. En aquellos dias se tenia en México noticia de la representacion que este consulado habia hecho al gobierno de Cádiz pidiendo mandase tropas españolas, por estimar insuficientes las americanas para subyugarnos. Para fundar esta pretension se desentendia este cuerpo de los grandes servicios que hasta entonces habian hecho los malos americanos sacrificándose en muchas batallas por afianzar la dominacion española, y estrechar sus cadenas. Pintó á la nacion mexicana dicho consulado, como á una horde de hombres estúpidos, como á unos autómatas incapaces de obrar por razon, sino por una especie de instinto. A pesar del silencio que en esta parte se procuró guardar ocultando un informe tan oprobioso, en México se llegó á penetrar y ser la materia de todas las conversaciones; † no de otro modo que la representacion muy reservada que la junta central recibió de Yermo, fecha 12 de noviembre de 1808, en que se queja amargamente de la ingratitud con que el acuerdo de oidores de México le correspondió á sus servicios, no menos que á los de los llamados patriotas

† Esta representacion del consulado que con el mayor esmero se procuró ocultar la inserté en el tercer tomo de mi obra *Los tres siglos de México durante el gobierno de los vireyes*, tom. 3.º pág. 345. La redactó en nombre del consulado D. Francisco Javier Lambarri. Formaban entonces este tribunal judaico, el conde de Agreda, D. Francisco Chávarri, y D. Lorenzo Noriega. Esta produccion, la mas indigna que ha salido de mano española, dió lugar á que se compusiese este versito.

Francisco, Lorenzo y Diego
sin salir del consulado,
hicieron mas insurgentes
que Allende y el cura Hidalgo.